



Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica

MARRUECOS FÍSICO

VALOR ECONÓMICO DEL PROTECTORADO ESPAÑOL

Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid
el día 16 de Abril de 1921

POR

D. Lucas Fernández Navarro.

CON UNA LÁMINA



MADRID

Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia é Intervención Militares.
Caracas, número 7.

1921

3 NOV 1921

Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica

MARRUECOS FÍSICO

VALOR ECONÓMICO DEL PROTECTORADO ESPAÑOL

Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid
el día 16 de Abril de 1921

POR

D. Lucas Fernández Navarro.



CON UNA LÁMINA



MADRID

Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia é Intervención Militares.
Caracas, número 7.

1921

MARRUECOS FÍSICO

VALOR ECONÓMICO DEL PROTECTORADO ESPAÑOL

(De una conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid
el día 16 de Abril de 1921)

POR

D. Lucas Fernández Navarro.

SEÑORAS Y SEÑORES :

En la serie de conferencias que por feliz iniciativa de la Sección de Ciencias Históricas de este Ateneo vienen dándose acerca de Marruecos y de los problemas que á España plantea el protectorado, habréis podido oír las más antagónicas opiniones acerca del valor material de la zona á nosotros asignada.

Esta disparidad en el aprecio del Marruecos español se observa: asimismo leyendo lo que sobre él se escribe ó escuchando las impresiones de los que en él han vivido más ó menos tiempo. Y la masa consciente del país que *por fin* va preocupándose de la aventura marroquí, boga en el acreditado mar de confusiones, sin saber á qué atenerse. Es para los unos nuestra zona un emporio de futuras bienandanzas, especie de paraíso., hermosa finca de

donde saldrán las riquezas de que tan necesitados nos hallamos. Mientras que según los otros, nada podrá darnos si no es gastos y quebraderos de cabeza aquel desierto inhospitalario, conjunto de ingentes peñascos y abrasados arenales, poblado por razas refractarias á todo progreso é inapetentes para los beneficios de la civilización.

Ved cómo se justifica plenamente esta conferencia, si quiera el acierto no haya presidido á la elección del conferenciante.

Es necesario que de una manera razonada y sincera se diga—hasta donde hoy es posible saberlo—lo que como valor material representa la zona del protectorado español en Marruecos.

Esta es mi tarea de esta noche y podéis estar seguros de que, á falta de otras excelencias, mi labor tendrá la de ser sincera. Procuraré sin prejuicios, con la seriedad de una labor científica y con el mayor deseo de acierto, reflejar lo que económicamente puede valer el modesto lote que nos han concedido en el leonino reparto de Marruecos.

Vengo desde 1905 realizando largas excursiones por el Norte de Marruecos; pero no á la manera de político ó periodista más ó menos eximio, cuyas visitas de estudio (!) consisten en ser recibidos por las autoridades, correr en automóvil de banquete en banquete y de fiesta en fiesta, conversar con *notables* cabileños y tomar el té en casa del Lebadi ó de algún rico hebreo.

Recorrí los polvorientos caminos á pie, el saco á la espalda, con moros á veces miserables, dormí en sus casas ó en pleno campo, con la chilaba por colchón y la fronda de un algarrobo por techo. Compartí á veces su comida miserable y sufrí con frecuencia el tormento de su suciedad. Y así lo ví todo y siempre bajo su verdadero prisma; no vi lo que me quisieran enseñar ó lo que de antemano me tuvieran preparado.

Tabién compartí, en amable camaradería con nuestros sufridos soldados, las molestias de sus campamentos y posiciones. Y no creáis que es poco lo que se aprende de

sus ingenuas conversaciones..... ¡Si la disciplina no les sellara los labios!

Todo lo dicho justifica el que yo me atreva á opinar en este aspecto del problema hispano-marroquí, da cierto valor á mis opiniones y me permite creer que «mi verdad», la que voy á exponeros, debe estar muy cerca de «la verdad verdadera». Porque—y esto salva la buena fe de muchos equivocados—las más antagónicas opiniones, siendo una parte de la verdad, pueden ser verdaderas sin dejar de ser antagónicas. ¿Podrá decirnos lo mismo de Marruecos el soldado que sirvió en el Guerruao—naturaleza hostil, miseria, suciedad—que el que habitó las huertas te-tuaníes ó los jardines de Larache?

*
**

El valor económico de una comarca depende de factores extrínsecos (situación geográfica, estado social, etc.) y de factores intrínsecos: topografía, composición del suelo y subsuelo, irrigación posible, meteorología. Nosotros dejaremos aparte los primeros para ocuparnos tan sólo de aquellos que constituyen el medio físico del país, poco ó nada modificables por la acción del hombre. De su estudio podremos deducir el valor económico *potencial* de nuestro protectorado, ya que el *actual* dependerá en buena parte del aprovechamiento más ó menos perfecto que nosotros llagamos de los recursos naturales. Por eso la primera parte de nuestra: conferencia será exponer rápidamente lo que es el «Marruecos físico» y más particularmente la zona septentrional que nos corresponde tutelar. Sólo después de este estudio y como consecuencia del mismo podremos al final, rápidamente, deducir con algún acierto cuál sea el «valor económico del protectorado».

*
**

Pero permitidme que antes de entrar de lleno en el

tema os llame la atención sobre el desconocimiento de la mayor parte de nuestra zona y sobre la necesidad de que sea explorada científicamente.

No estamos ya en los tiempos en que se empezaba á conocer un territorio por el equipaje con que tornaban los conquistadores. Antes al contrario, se aducen como preferentes derechos á la posesión y como relevantes méritos contraídos los trabajos de los exploradores. Y tanta más capacidad demuestra un país para la acción civilizadora, que con mayor ó menor sinceridad es bandera que cubre la mercancía, cuanto más interés pone en esta obra altruista de la exploración científica.

Ved lo que realiza Francia en este sentido. Desde hace cuarenta años, el estudio científico de Marruecos, sobre todo el estudio histórico-natural, es preocupación preferente para los franceses. Y no son tan sólo sus sabios y sus Corporaciones científicas los que sienten esta preocupación, sino que es todo el país el que impulsa los estudios marroquíes. Los nombres de Segonzac, Gentil, Brives, Lemoine, Kerdec, Bocquevaire, Aubin y tantos otros, autores de múltiples trabajos científicos sobre Marruecos, dicen bien alto de esta preocupación. Las excursiones se suceden continuamente por el impulso del Gobierno, de las Sociedades científicas, del *Comité du Maroc* y aun de particulares. Se crean en Rabat un Museo y una Sociedad de Historia. Natural, así como un Centro especialmente dedicado á impulsar y dirigir la exploración científica. Se procura la colaboración de los Oficiales del Ejército en esta empresa, para lo cual el *Museum* de París da cursos especiales para iniciarles en el estudio histórico-natural y en los trabajos de recolección, con que tanto pueden contribuir al conocimiento del territorio que recorren. No aparece número de los *Compte-Rendu* de la Academia de Ciencias, la más alta publicación científica francesa., que no contenga algún trabajo sobre Marruecos.

Comparemos toda esta actividad con nuestra raquítica labor. El patriotismo de una modesta asociación particu-

lar, la Real Sociedad Española de Historial Natural, nos salva del sonrojo de no tener activo alguno que presentar cuando se nos pregunta por nuestra labor científica actual en Africa.

Esta benemérita Sociedad, comprendiendo hace veinte años el interés de tales estudios, viene dedicando á ellos una parte no chica de su actividad fecunda. Y unas veces por su exclusivo esfuerzo y otras premiosamente ayudada por el Estado, viene dando á conocer la fauna, la flora y la gea de allende el Estrecho, que sin ella seguirían tan desconocidas como en los tiempos de León el Africano.

Recientemente y en lo que á Geología se refiere, ha venido á sumarse á su esfuerzo el del Instituto Geológico de España, único centro oficial que—dígase en su honor— parece haberse dado cuenta de la obligación que en este respecto nos impone el protectorado.

Pero todo ello es muy poco, y si no apresuramos el paso nos veremos una vez más en el trance de que vengan á descubrirnos los extranjeros, en este caso seguramente los franceses, tan interesados en hacer resaltar nuestra apatía tradicional.

Y cuenta que en este punto, como en tantos otros, fuimos los españoles los que trajimos las gallinas.

Fué Juan León el Africano (El Fassi), geógrafo y viajero hispano-árabe, nacido á mediados del siglo XV, quien dió á conocer á Marruecos en su «Descripción del Africa».

Un siglo más tarde Luis del Mármol Carvajal, historiador español, que estuvo cautivo de los moros durante ocho años y que viajó con ellos por todo el imperio hasta el Sáhara, daba á conocer el fruto de sus viajes en una «Descripción general del Africa», que con el libro de El Fassi fué la única, fuente de conocimiento acerca de Marruecos hasta entrado el siglo XIX.

Ya en éste, Badía y Leblích (Ali-bey-el-Abasi) de 1803 á 1806, Gatell (Kaid Ismail) hacia 1800 y Murga (Hach Mohamed-el-Bagdadi) en 1868, recorren el imperio en to-

dos sentidos en peligrosos viajes y renuevan y amplían los conocimientos aportados por Mármol y León el Africano. Hasta entonces, solamente los españoles habían contribuido en proporción apreciable al conocimiento de Marruecos.

Nuestra victoriosa campaña del 60 y la subsiguiente Conferencia de Madrid abrieron las puertas del imperio á los extranjeros. Una vez más habíamos trabajado en provecho de todos menos en el nuestro. Es entonces cuando pueden venir los Arlet y Colville, los Rohlf y Lenz, los Segonzac y Duveyrier, etc., á realizar sus viajes, que hubieran sido imposibles sin el esfuerzo de España.

Es preciso hacer resaltar esto y es preciso sobre todo poder salir al paso, con pruebas palpables, á los que esgrimen el argumento de nuestra nula, colaboración científica en el conocimiento del país. Bien está la acción militar que fuerza caminos, la política que lima las asperezas inevitablemente creadas por la anterior, la comercial que crea intereses y liga así con los más fuertes lazos al indígena con el español. Pero á todas debe preceder ó acompañar, guiándolas como el lazarillo al ciego, que ciegas serán todas las acciones sin ésta, la exploración científica del territorio. Con el soldado, con el industrial, con el ingeniero, con el agente diplomático ó consular, deben compartir las glorias y las fatigas del protectorado el geógrafo y el naturalista.

Y pensad bien que la labor de estos últimos no tiene sólo un valor moral, de que no podría hacer caso omiso una nación que se llame civilizada. Tiene también un considerable valor material, atreviéndome yo á afirmar que no hay dinero que más elevado interés rinda que el dinero gastado en los trabajos científicos. Trabajos por otra parte tan modestos, tan poco dispendiosos, que con lo que se consume en la más pequeña operación de policía se nutre un año entero todo un capítulo de exploración científica bien atendido.

Permitidme que por razón de mis especiales aficiones

me fije en un punto concreto para comprobar el anterior aserto.

Cuando se empezó el puerto de Melilla se hizo un ferrocarril de una decena de kilómetros para transportar la piedra necesaria desde unas canteras situadas en la meseta de Rostrogordo. El ferrocarril, que había de salvar un considerable desnivel, era una importante obra de ingeniería, y á decir de los competentes estaba admirablemente concebido y ejecutado; pero no sirvió para nada, por la sencilla razón de que la cantera era una falsa apariencia.

Los materiales terciarios de aquella meseta están superficialmente recubiertos de una capa de travertino calizo que hizo pensar en un yacimiento de piedra inagotable ó poco menos. La experiencia mostró en seguida el error en que se había incurrido y pronto hubo que abrir la cantera actual, en las andesitas de Sidi Musa, con la pérdida de tiempo y capital que representa la construcción del ferrocarril. Todo ello no hubiera ocurrido si por aquella fecha los alrededores de Melilla hubieran sido conocidos geológicamente.

Lo que ocurrió en este caso, ó algo análogo, puede suceder al abrir un camino, al establecer un puerto, al fundar un edificio, al canalizar una corriente de agua, al crear un pantano, ó tender un puente y en general al ejecutar una obra pública cualquiera. El conocimiento geológico del país es una necesidad que no cede en urgencia, acaso, más que á la necesidad de una carta geográfica, detallada.

No digamos nada del interés que ello tiene para la racional exploración de la riqueza minera, que es probablemente el mayor valor positivo del Marruecos español.

Recordemos, por último, que el magno problema del agua en nuestro protectorado no podrá resolverse sin la busca y captura de aguas subterráneas, lo que por lo tanto le convierte en un puro problema geológico.

Y lo que apunto para la Geología podría repetirlo y

ampliarlo para las otras ramas de la Historia Natural, para la Meteorología, para el estudio de los suelos y para tantos otros órdenes de estudios científicos, si no temiera dar á esta digresión más amplitud que á la propia conferencia.

Volvamos, pues, á ésta y formemos propósito de concisión.

Ante todo deshagamos el error muy extendido, aun entre personas ilustradas, de creer que poseemos en Marruecos una considerable extensión de territorio.

De los 440.000 kilómetros cuadrados que tiene el imperio corresponden al protectorado español 26.000, á los cuales hay que restar todavía los 600 de la zona internacionalizada de Tánger. Aun sumando el territorio de Ifni —propiedad de que no sabemos cuándo se podrá tomar posesión— que representa unos 2.500 kilómetros cuadrados, suma el que podríamos llamar Marruecos español 27.000 kilómetros cuadrados; es decir, poco más del 6 por 100 de la extensión total. El 94 por 100 restante ha tenido la comodidad de adjudicárselo Francia. Y todavía nos disputa los 600 kilómetros tangerinos.

Equivale el territorio á nosotros asignado actualmente (25.400 kilómetros cuadrados) algo así como á un par de provincias de mediana extensión—dos provincias de Granada, por ejemplo—y poco más que la provincia de Badajoz (21.894 kilómetros cuadrados). Ya veremos más adelante que si en la cantidad hemos sido perjudicados, en la calidad no hemos librado mejor.

En esta zona de protectorado vamos á encontrar agudizados, los caracteres de nuestro litoral levantino y andaluz.

Para los geólogos no cabe la menor duda de que Marruecos es un país puramente mediterráneo y en realidad por lo tanto europeo, con el mismo título que las penín-

sulas Ibérica ó Italiana. La despectiva frase «el Africa empieza en los Pirineos» debe sustituirse por esta más ajustada á la realidad : «Europa termina en el Atlas».

En el continente Africano se pueden distinguir en efecto, dos elementos de muy desigual extensión y de orí genes, edad ó historia geológica muy diferentes : el viejo macizo uniforme ó inmutable situado al Sur de la línea que une el cabo Guir con las Sirtes, y la pequeña faja situada al Norte de la misma línea, integrada de Oriente á Poniente por Túnez, Argelia y Marruecos.

La primera, correspondiente al continente geológico Afro-brasileño, es uno de los elemento más antiguos del globo y permanece emergida desde las más remotas edades. Roturas de este continente primitivo originaron, todavía en la era secundaria, el macizo africano que permanece desde entonces incommovible como un *horst*, como un pilar de la corteza, al que los mares embaten, pero no logran apenas invadir.

El Africa mediterránea, por el contrario, forma parte del sistema alpino y con él ha sufrido en época reciente, en el terciario, todas las vicisitudes y perturbaciones de estas tierras, las más modernamente modeladas del globo. Sus territorios son restos de los Altaides de Suess con el mismo título que todos los que rodean al Mediterráneo occidental. Sus montañas son hermanas de los Alpes y los Pirineos, de la Penibética y del Apenino. Sus volcanes se encendieron á la vez que los de Cataluña, La Mancha y Cabo de Gata, simultáneamente con los del Lacio ó de la Campania. Las tierras melillenses tiemblan y oscilan, aun mal asentadas en su subsuelo, como nuestro Levante ó el Mediodía italiano. La historia del Mediterráneo occidental es una y de ella son episodios, simultáneos ó sucesivos, los trastornos que dieron su actual fisonomía á todas las tierras que le encuadran.

Si el tiempo de que dispongo me permitiera desarrollar estas vidas paralelas del Norte de Africa y el Sur de Europa, muy particularmente de Marruecos y España, los

no versados en Geología quedarían asombrados de la semejanza de unos y otros países, de la identidad de su historia- geológica.

Pero no es este mi objeto y sí solamente presentaros en rápido bosquejo los rasgos físicos del caduco imperio.

Empecemos por la Orografía.

Al Norte y siguiendo muy de cerca la orilla del Mediterráneo, el sistema rifeño-yebálico, tendido primero del E. á W., encorvado luego hacia el N. para hundirse bajo el mar en el Estrecho y que reaparece en el Peñón de Gibraltar, se continúa después por nuestra Penibética. Son algo menos de 200 kilómetros de desarrollo y sus cumbres culminantes Yebel Alam (2.000 metros), Yebel Kelti ó Monte Ana (2.200 metros) y el Tisiren (2.500 metros) están hacia el punto en que se inicia el encorvamiento, al S. y SE. de Tetuán. De aquí las cumbres van bajando rápidamente, tanto hacia el N. (856 metros en Yebel Musa sobre el Estrecho) como hacia el E. (400 metros sobre el Cabo Quilates) (1).

Las vertientes meridionales del Rif se hunden en una depresión, el estrecho Sud-rifeño ó surco de Taza, de una importante significación topográfica y geológica. Este accidente, que fué dado á conocer por nuestro gran viajero Badía, aísla completamente nuestro sistema Rifeño-yebálico del sistema del Atlas. Señala una antigua comunicación del Mediterráneo con el Atlántico, anterior al estrecho de Gibraltar y contemporánea del estrecho Bético—valle del Guadalquivir—. De reducida anchura al nivel de Taza (corredor de Taza), se ensancha hacia Poniente por la cuenca del Sebú y hacia el NE. por la del Muluya (2).

(1) Es un error extendido pensar que el extremo oriental de la cadena rifeña está en el saliente de Tres Forcas. No hay tal; entre aquel promontorio y la cadena, que son de muy distinta estructura, se extiende, aislándoles, una extensa meseta de edad terciaria neogena.

(2) Una vez reconocida la existencia y significación del estrecho Sud-rifeño, el nombre de Pequeño Atlas que en la antigüedad sirvió para denominar al sistema litoral debe proscribirse, porque podría sugerir la

Al Sur del estrecho Sud-rifeño se desarrolla el importante sistema del Atlas, esencialmente formado por tres unidades : el Alto Atlas, el Mediano Atlas y el Anti-Atlas.

El Alto Atlas ó Gran Atlas es la arruga principal. Desarrolla sus 700 ú 800 kilómetros de longitud entre las altas mesetas sud-argelinas y el cabo Guir, en una dirección general de ENE. á WSW. Es en su centro una maciza barrera que pasa frecuentemente de los 4.000 metros —Tamsut, Likum, Ariachi—y apenas presenta depresiones de alguna consideración como el puerto de Teluet (2.500 metros) al SE. de Marraqués, cerrado por la nieve gran parte del año. A Poniente marca el límite de las grandes a alturas la garganta de Bibaun (1.500 metros), paso ordinario para la comunicación del Sus con Marraqués y Mogador. A Levante el límite está marcado por el collado de Talrent (2.000 metros ?), difícil comunicación entre las cuencas altas del Guir y del Muluya.

A un centenar de kilómetros al Sur de Marraqués y partiendo del macizo volcánico del Sirúa (más de 3.000 metros) se desprende del Alto Atlas hacia el SW. una cadena montañosa que va deprimiéndose hasta terminar hacia el cabo Nun. Es el Anti-Atlas. Entre el Alto Atlas, el Anti-Atlas y el mar queda una depresión á que sirve de eje el río Sus, que la da nombre.

Acaso la unidad orográfica menos conocida de Marruecos es el Mediano Atlas, que se desprende hacia el NE. del Gran Atlas en un punto situado á más de 100 kilómetros de Marraqués. Parece que le constituyen una intrínca serie de domos sensiblemente paralelos, teniendo su extremidad más septentrional en los montes Riata, sobre Taza. La cuenca alta del Muluya se desarrolla entre el Mediano y el Grande Atlas, simétricamente á como lo hacía el Sus entre el último y el Anti-Atlas. La longitud

idea de una relación con el verdadero Atlas, que no existe. No hay entre ambos sistemas montañosos más relación que la que presentan, por ejemplo, el Pirineo y la cordillera Penibética; es decir, la de ser ambos alpinos.



de esta cadena no baja de 400 kilómetros y su cumbre más elevada, el Yébel-Bu-Iblal, parece que alcanza los 4.000 metros.

Limitada al Norte por el estrecho Sud-rifeño y al Sur por la porción occidental del Gran Atlas, desciende uniformemente hacia el mar, desde el Mediano Atlas, un macizo antiguo reducido al estado de penillanura y en parte recubierto por sedimentos secundarios y terciarios. Es la meseta marroquí exacto pendant de la meseta central ibérica. En algunos puntos el substratum arcaico surge á través de los materiales más modernos formando cumbres redondeadas y de poca altura, que son los Yebilet, el más importante accidente de la meseta. Los límites de la penillanura vienen á coincidir con las cuatro ciudades de Casablanca, Mequinez, Marraqués y Mogador.

Dos accidentes topográficos debemos mencionar todavía—el Yebel Sarro y el Yebel Bani—que aunque citados en Marruecos más bien parecen pertenecer al pilar sahariano—y por consiguiente al Africa propia, no mediterránea—que al sistema del Atlas.

El Yebel Sarro es un conjunto de mesetas de 2.000 metros de altitud media, de estructura tabular, que al Sur del Alto Atlas dominan las regiones del Drá y de Tafilete. Algunos han considerado á este accidente como continuación occidental del Anti-Atlas.

El Yebel Bani parece ser una estrecha arista montañosa que se eleva sobre el terreno de 300 á 400 metros y que se desarrolla paralelamente al Drá y no lejos de su margen derecha, hasta internarse en las mesetas meridionales de Tafilete.

Con la distribución y orientación de los sistemas montañosos se liga estrechamente la meteorología toda y más en particular el régimen de lluvias.

En este respecto, hay un completo contraste entre el litoral mediterráneo y el resto del imperio. En el primero, á que corresponde casi todo nuestro protectorado, los vientos dominantes son el NE. y el NW. (levantes y po-

nientes), secos y cálidos. Las lluvias son más bien escasas y con tan pésima distribución como en el litoral andaluz. La cadena costera detiene en sus vertientes meridional y occidental los vientos del W. y del SW., que son los que pudieran aportar humedad. El ambiente, por consecuencia, es sumamente seco y las oscilaciones de temperatura muy bruscas y amplias.

No ocurre lo mismo en la zona atlántica. La cadena rifeña cierra por el Norte el paso á los levantes. El sistema del Atlas detiene los vientos abrasadores del Gran Desierto. Y el país queda ampliamente abierto para los vientos húmedos del Atlántico, fuertemente influidos por la corriente fría que pasa lamiendo las costas marroquíes. Las altas cumbres del Atlas constituyen excelentes condensadores para estos vientos y las aguas corren abundantes á buscar el mar á través de la meseta, y de las llanuras occidentales del estrecho Sud-rifeño.

La sequedad, general en toda la zona mediterránea, es máxima en el extremo occidental de nuestro protectorado, hacia el meridiano de Chafarinas. En estas islas la lluvia anual no llega á 400 milímetros y aun baja mucho en las llanuras interiores. En Mésera Melha, sobre el Muluya, el agua recogida no pasó en un año de 186 milímetros, y para la meseta del Guerruao la calculan los Sres. Valle y Fernández Iruegas en unos 200 milímetros; es decir, climas francamente desérticos. A partir de esta zona de mínimas pluviométricas las precipitaciones van aumentando, tanto á Levante como á Poniente. En este rumbo, que es el que nos interesa, se registran en Melilla 425 milímetros, en Ceuta 530 en Tánger 815 y en cabo Espartel 763; se vé claramente la influencia atlántica.

Consecuencia, de estas condiciones climatológicas y de la distribución del relieve es que Marruecos, tomado en conjunto, sea un país de amplia irrigación.

En el Mediterráneo sólo vierte un gran río, el Muluya, más grande, sin embargo, por su recorrido que por su caudal. Nace, como ya hemos dicho, entre el Grande y el

Mediano Atlas, dirigiéndose primero al NE. y luego al N. para desembocar unos kilómetros á Levante de Cabo de Agua. En la última parte de su recorrido sirve de límite oriental á nuestro protectorado.

En la costa atlántica desembocan numerosos ríos de abundante caudal. Son los más importantes, de Norte á Sur, los siguientes. Primero el Sebú, que drena la rama occidental del estrecho Sud-rifeño y se vierte al mar por Mehedia. Luego el Bu-Regrag, el Morbeyo ó Um-er-R'bia y el Tensif, que bajando del Mediano y Alto Atlas atraviesan la meseta en dirección general de SE. á NW. y desembocan respectivamente entre Rabat y Salé, en Azemur y entre Safí y Mogador. La región del Sus es drenada por el río que la da nombre, colector de las aguas condensadas en la vertiente Sur del Atlas occidental y en la vertiente Norte del Anti-Atlas.

Los ríos originados en las vertientes meridionales del Atlas, algunos muy importantes como el Drá, el Zis, el Guir etc., acaban siendo absorbidos por las arenas del desierto. El Drá rara vez llega á verter aguas en el mar.

Un rasgo general de todos los ríos marroquíes es que sus desembocaduras, obstruidas por peligrosas barras, están siempre desamparadas en costas abiertas y difíciles. Su utilización como, vías de entrada y salida en el imperio será siempre, difícil y costosa. En cambio tienen excelentes condiciones para vías interiores, para la irrigación del suelo y también, en sus cuencas altas, para la producción de energía.

Una vez más el estudio de la Hidrografía me obliga á hacerlos notar la inferioridad manifiesta de nuestro protectorado con relación al resto del territorio marroquí.

De los grandes ríos, sólo el Muluya y en pequeña parte de su recorrido, toca, que no atraviesa, nuestros territorios. Las demás corrientes que vierten al Mediterráneo son riachuelos de régimen torrencial: tales el Oro, el Kert y el mismo Martín. Pueden crearse á lo largo de ellos estre-

chas bandas de cultivos, pero no se puede pensar en grandes obras de irrigación.

En la costa atlántica tenemos el Lucus, cuyo curso inferior está totalmente incluido en nuestra zona, cuyos mejores suelos recorre. Es sin duda el río de que más utilidad podríamos sacar, tanta como vía de comunicación como desde el punto de vista agrícola; pero no hay que exagerar su valor, pues ni su caudal ni su recorrido en vega son extraordinarios. A un Jefe del Ejército que tuvo que cruzarlo repetidas veces le hemos oído compararle nada menos que con el Ebro, cuando en realidad no lleva por Alcázar más agua que el Jarama por la vega de Ciempozuelos.

Es notable esta visión megascópica de los ríos marroquíes que suelen experimentar nuestros viajeros. Puede explicarse en parte por nuestra innata tendencia á la amplificación, pero sin duda influye también en ella la falta de puentes y la acción de las mareas, que tanto dificultan el paso de las más pequeñas corrientes.

En resumen, nuestro protectorado, en la parte conocida al menos, es pobre en precipitaciones y en cursos de agua. Esta es además, en general, de muy mala calidad para la bebida y usos domésticos. Acaso ello pueda subsanarse con el alumbramiento de caudales subterráneos; pero esto no puede afirmarse sin serios estudios geológicos y numerosos sondeos.

Bien traduce estas condiciones climatológicas la vegetación espontánea, toda propia de países esteparios, salvo en las inmediaciones de los riachuelos, donde suelen verse brezos, adelfas y otros arbustos de terrenos húmedos. Los árboles más abundantes son el alcornoque y el acebuche, aunque también hay hermosos algarrobos en algunas zonas (1). El matorral está formado principalmente de lentisco, jara y madroño. Las plantas herbáceas constituyen

(1) Con profunda pena hemos asistido al espectáculo de un bárbaro descuaje forestal que se está realizando en algunos puntos de la zona, á la vista de técnicos y autoridades.

praderas vivamente coloreadas durante unos cuantos días primaverales, pero de vida efímera. Por todas partes reinan el palmito, la chumbera y la pita, cuyo carácter xerófilo nos habla bien claro de largas y ardientes sequías. La palmera de dátiles, ya más exigente en humedad (por lo menos en el subsuelo), es muy rara en todo el Norte de Marruecos y sus frutos no son comestibles para el hombre.

En cuanto á suelos, tres son los tipos principales á que suelen referirse los de Marruecos. El *sahel*, arenoso, medianamente fértil, en que predomina como bosque el alcornoque. Los *hamri* ó tierras rojas, arenas arcillosas, encharcadizas y agrietables, tierras muy fuertes que sólo son fecundas con lluvias copiosas y oportunas. Los *tirs*, en fin, tierras negras, profundas, de fecundidad proverbial.

Las arenas del sahel abundan en la porción occidental de nuestro protectorado, como producto de descomposición de las areniscas terciarias y de las areniscas y cuarcitas permo-triásicas que en gran parte constituyen el terreno.

Los hamri predominan, por el contrario, en el Rif oriental, recubriendo grandes llanuras : Zebra, Haraig, Gueruaou, Garet, etc. Por desgracia en estas regiones, como ya dijimos, el clima exagera su carácter estepario y aun desértico.

Los fecundos tirs, que predominan en el litoral atlántico— Garb, Chauia Abda, etc.—, son muy escasos en nuestros territorios. Se encuentran, sin embargo, en la región do Larache, en la cuenca del Lucus, más especialmente en el Jolot.

Se ha hablado mucho sobre la abundancia de minerales de nuestra zona, pero hasta ahora un poco de memoria. Son positiva riqueza los hermosos yacimientos ferríferos de Beni-bu-Ifrur y, aunque en menor grado, los de plomo de la misma región, los hierros de Benisicar y los antimónios de Anyera. En otros puntos del territorio ocupado se han reconocido yacimientos que están por estudiar, pero que podrán ser acaso de importancia. Fuera de los terri-

torios hoy accesibles se fantasea sobre toda clase de menas habidas y por haber. Los cobres de Yebel Haman, frente á Alhucemas, tienen viso de ser una realidad. Pero esto es todo; los ofrecimientos de fantásticas minas de hulla, de petróleo, de oro, etc., hechos por los moros, se cuentan á centenares.

Digamos, sin embargo, que es muy verosímil una importante riqueza minera en el Rif y que acaso es en esto en lo que más fundadas esperanzas debemos concebir. Ya hicimos notar la identidad de origen, edad y estructura que ofrecen el sistema Rif-Yebala, y nuestro sistema Penibético. Y siendo éste muy rico en minas, hay gran probabilidad de que lo sea aquél.

De todos modos, la confirmación de estas gratas presunciones exige un estado de tranquilidad en el país que tardará mucho en alcanzarse. Sólo entonces podrán hacerse con la debida minuciosidad las prospecciones necesarias, que son trabajos largos y difíciles si han de darnos el balance seguro y detallado de las riquezas que encierra el subsuelo de esta accidentada región. Zona muy atormentada en época relativamente reciente por los movimientos orogénicos, es verosímil que en ella se hayan formado ricos yacimientos de menas metálicas. No es en cambio probable que abunden los combustibles, la hulla especialmente, que en todo caso constituirá pequeñas cuencas, y esto ya fuera del límite de nuestro protectorado, en el borde septentrional de la meseta marroquí.

Para completar el bosquejo que de Marruecos y más especialmente del Marruecos español he pretendido trazar, debiera hablar aún de las razas pobladoras. Es asunto por demás interesante que ha de tenerse muy en cuenta para toda labor de penetración y para todo sistema de explotación. Pero confieso que en este punto mis datos son muy escasos y mi competencia nula, y que no me atrevo á emitir una opinión, que sería más sentimental que razonada. No me parece, sin embargo, que en este respecto el balance habrá de sernos favorable, pues por algo han sido

siempre estos territorios *bled-es-siba*, país insumiso, en que los sultanes no lograron ejercer soberanía alguna.

Dejemos ya, pues, esta, exposición, que aunque incompleta y trazada á la ligera va resultando demasiado larga y tratemos de sacar de ella algunas consecuencias concretas.

Marruecos en conjunto, sin ser un emporio de riqueza, no puede decirse que carezca de fuentes naturales de prosperidad material. De los tres países africanos del Mediterráneo occidental—Túnez, Argelia, Marruecos—éste es acaso el más valioso. Es también el de mayor interés político por su gran proximidad á las costas europeas y por constituir la puerta natural de entrada para el continente negro.

Pero..... el protectorado español es sin duda lo peor del imperio. Territorio quebrado, suelo más bien pobre, escasa irrigación, población belicosa y atrasada, son factores harto desfavorables. No deja de haber rincones fértiles y aun ricos, pero son los menos. Nuestra zona, considerada en conjunto, tiene sin duda muy escaso valor. Nos han dado poco malo y difícil; esta es la verdad escueta, en mi opinión al menos.

Como puro negocio comercial, aquello es evidentemente un mal negocio; y resultaría más remunerador gastar en el solar patrio los recursos y energías que en Africa hemos de consumir. ¡Hay tanta España por colonizar, por civilizar y aun por descubrir! ¡Son tantas las fuentes de riqueza que en la Península esperan á ser alumbradas! Nunca ó muy tarde el Marruecos español nos devolverá lo que nos cueste.

Ahora bien; ¿es que conviene la posesión de aquello por razones de política internacional, de seguridad ó de otra índole? Terreno es ese en que no he de entrar en este momento, pues su desarrollo exigiría por lo menos otra conferencia. Dando por sentada una respuesta afirmativa,

si por fatalidad histórica ó por conveniencias de orden político es indispensable que estemos en Marruecos, tratemos de roer lo mejor que podamos nuestro hueso. Tratemos de sacar el mayor partido posible de nuestro protectorado. No es mucho mejor Argelia y sin embargo Francia, gracias en gran parte al esfuerzo de los colonos españoles, ha conseguido hacer de ella una colonia remuneradora.

Y esto nos lleva á concluir nuestra conferencia, por donde la habíamos empezado. Para sacar de nuestra zona el producto á que tenemos derecho, lo primero es conocerla. Sin previa exploración científica, todo plan de aprovechamiento es una obra ciega.

Si somos una nación civilizada hemos de demostrarlo con algo más que con ametralladoras y aviones de bombardeo. Todo ello está muy bien, y nos parece de perlas que allí vaya el soldado con toda clase de recursos que ahorren su sangre generosa. Vayan también el comerciante, el industrial, el diplomático, armados de todos sus medios de acción. Pero vayan ante todo los hombres de ciencia: ingenieros, naturalistas, geógrafos, con la consideración y los medios que requiere su labor, la más altruísta y fecunda de todas.

HE DICHO.

BOSQUEJO FISICO DE MARRUECOS

